

RESUMEN

Para el docente, la enseñanza del Holocausto no está exenta de retos. Más allá del conocimiento legal y curricular que ampara su abordaje en las aulas. El primero de ellos sería el conocimiento fidedigno del hecho histórico, alejado de los tópicos y de la morbosidad, y que le permita desenvolverse con rigor en un entorno histórico cargado de múltiples aristas.

El segundo, es dotar al profesorado de las herramientas metodológicas necesarias para saber explicar sin obviar su complejidad lo que significó el Holocausto, y crear la conexión necesaria con el alumnado, de forma certera, siendo conscientes de la elección de los contenidos más adecuados, adaptándolos a la edad madurativa y a sus conocimientos previos, así como potenciar los recursos del aula a nuestro alcance.

Con la idea de materializar una puesta en común desde la práctica que diera luz a las distintas propuestas desarrolladas por profesores en España y Europa surgió en 2017 el **I Congreso Internacional sobre educación y enseñanza del Holocausto: Educashoah**, congreso que acogió en la Universidad de Sevilla a más de 200 profesionales de la enseñanza con el objetivo común de repensar el Holocausto para hacer que nada similar a Auschwitz se repita, trabajando desde los centros educativos en pro de la tolerancia y el respeto a la persona y los Derechos Humanos.

Uno de los productos de esta iniciativa es el nacimiento de la revista *Educashoah. Revista de Educación y Enseñanza del Holocausto y la Memoria*. Surge con una doble intencionalidad; por un lado, aportar contenidos inspiradores y rigurosos

desde el conocimiento desarrollado por profesionales y expertos de primer nivel en la temática de la revista así como experiencias que puedan ser utilizadas en los procesos educativos.

Por otro lado, Educashoah pretende compartir y dar a conocer iniciativas y proyectos desde la práctica docente que se desarrollan en torno a la enseñanza del Holocausto y la Memoria por parte del profesorado interesado en la temática, en los distintos niveles y etapas educativas, y que en ocasiones se diluyen sin tener la trascendencia ni el impacto necesarios en la comunidad docente.

Buscamos que los contenidos de nuestra revista sirvan de inspiración a otros docentes y generen a su vez nuevos contenidos, ideas e iniciativas entre nuestros lectores. De este modo, compartir y generar sinergias se presenta como un valor añadido siendo nuestro verdadero *leitmotiv*.

Educashoah pretende ser un recurso que refuerce las conciencias de quienes luchan por una educación en valores, desde una perspectiva humanista, de una manera informada, reflexiva y crítica, alejada de partidismos ideológicos, basada en el respeto y la tolerancia, de modo que despierte las de aquellos que nunca se atrevieron dar el paso por llevar la enseñanza del Holocausto y la Memoria a las aulas. Hoy, igual que ayer, es necesario educar desde los valores y propiciar la tolerancia y el respeto a la vida humana.

DR. MIGUEL ÁNGEL BALLESTEROS MOSCOSIO
PROFESOR DE LA FACULTAD DE CC DE LA EDUCACIÓN
EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

DANIEL LUIS MIR
PROFESOR DE LCL EN IES GONZALO NAZARENO
(DOS HERMANAS - SEVILLA)

JESÚS CHAPARRO
PROFESOR DE FILOSOFÍA EN COLEGIO JOYFE
(MADRID).

YESSICA SAN ROMÁN
DIRECTORA DEL ÁREA DE EDUCACIÓN, HOLOCAUSTO
Y ANTISEMITISMO DEL CENTRO SEFARAD-ISRAEL.



FIRMA INVITADA:

LA LECCIÓN DE AUSCHWITZ. PREGUNTAS PARA PENSAR EL HOLOCAUSTO EN ESPAÑA

Alejandro Baer*

“En España no existe una cultura del Holocausto”, escribía en 2000 Reyes Mate en uno de los primeros números monográficos de una revista académica española dedicada íntegramente al pensamiento sobre el Holocausto (*Isegoría*, nº 23). El genocidio perpetrado por el régimen nacionalsocialista era percibido en España, señalaba el filósofo, como un tema que concernía, si acaso, a judíos y alemanes. Aunque difícilmente podamos hablar todavía de una “cultura del Holocausto” propiamente, las cosas han cambiado. En las últimas dos décadas el significado de los acontecimientos englobados bajo los términos Holocausto, Shoah o Auschwitz ha penetrado en el imaginario español, y se ha reflejado tanto en el ámbito académico como en la producción artístico-literaria, en el debate político y en la enseñanza reglada.

Desde 2005 se celebra cada 27 de enero, la fecha de la liberación del mayor campo de concentración y exterminio nazi (Auschwitz), un acto de Estado con motivo del “Día de la Memoria del Holocausto y la Prevención de los Crímenes contra la Humanidad”. Esta iniciativa se ha ido ampliando a parlamentos autonómicos, ayuntamientos e institutos de enseñanza secundaria. España, en definitiva, se ha ido sumando al conjunto de iniciativas que impulsan la conmemoración y la educación sobre el genocidio judío.

¿Qué significa conmemorar Auschwitz en España? ¿Qué implica educar sobre el Holocausto en un país que no fue directamente afectado por este crimen? ¿Es posible transmitir la singularidad del acontecimiento y a la vez permitir su apertura, tanto a las otras víctimas del nazismo (entre ellas, los republicanos españoles) como al recuerdo de otros genocidios, crímenes contra la humanidad y violaciones masivas de derechos humanos? ¿Cómo invocar la lección universal de Auschwitz allá donde hay comunidades de memoria particulares que no han recibido el debido reconocimiento?

TAN LEJOS Y TAN CERCA

¿Qué nexos une a España al Holocausto?

No hubo deportaciones de judíos desde suelo español. Tampoco se establecieron leyes raciales. Los enemigos del régimen de Franco se encontraban en el amplio espectro ideológico afín a la Segunda República, principalmente socialistas, comunistas y masones. Aunque Franco nunca dejó de ver a sus enemigos como judíos, “judaizantes” o bajo la influencia del “judaísmo internacional”, el antisemitismo del régimen – arraigado y profuso, pero fundamentalmente retórico – se distinguió del antisemitismo exterminador que fue el eje central de la ideología nacionalsocialista.

Aun así, nuestra lejanía de Auschwitz no ha sido geográfica ni histórica, sino más bien cultural y política. España había vivido de espaldas a esta memoria netamente europea por mucho tiempo. Primero, porque la dictadura se prolongó mucho más allá de la liberación de Europa. Después, porque la democracia se recuperó sobre la base de una cultura política contraria a otorgar significación alguna a un pasado de violencia extrema y sufrimiento. Se producía así un choque, todavía latente, entre un imperativo de recordar el Holocausto, que viene de fuera, y otro, interno, que llamaba a olvidar el franquismo.

Desde el cambio de siglo, en el marco de los debates sobre la recuperación de la memoria histórica a nivel nacional y una cultura de los derechos humanos a nivel global, muchos comenzaron a plantear que el paradigma del Holocausto se extendiera y permitiera mirar también hacia adentro. Esta mirada introspectiva y crítica es una de las premisas de toda educación sobre Holocausto. Supone, sin embargo, un desafío que demanda no solamente el conocimiento y honestidad intelectual inherentes a la labor educativa, sino también un ejercicio de toma de distancia de las tensiones y fracturas que atraviesan de forma crónica la vida política en nuestro país.

Una pedagogía crítica del Holocausto deberá acercar al alumno la singularidad histórica de la *Shoah* sin obviar los círculos concéntricos que conforman la historia de los crímenes del nazismo y la Guerra Mundial, y que llegan hasta la España de Franco. Por ejemplo, señalando la afinidad

ideológica, cooperación económica y militar del régimen con el fascismo italiano y el nazismo alemán, el cual comienza con la propia ayuda de Hitler al bando nacional en la Guerra Civil española. Igualmente, tendrán que pasar por el aula los voluntarios de la *División Azul* quienes fueron observadores de la devastación que sobrevino a las comunidades judías con el avance en el frente oriental de la *Wehrmacht*, en cuyas filas servían los combatientes españoles. Bien conocido es, también, que el destino de muchos republicanos españoles refugiados en Francia estuvo directamente ligado a la guerra mundial y los crímenes del nazismo. Después de que el gobierno de Franco se negara a reconocerlos como súbditos nacionales, 9000 españoles – en su mayoría combatientes republicanos que se alistaron en el ejército galo, en la resistencia o en los comandos militarizados de trabajadores – fueron deportados a campos de concentración alemanes, principalmente a Mauthausen y su red de subcampos en Austria. 5000 perdieron la vida en ellos. Esta realidad histórica revela un aspecto complejo y espinoso: los cruces de historias y memorias republicanas y judías. Los infernales campos de concentración y trabajo esclavo frente a las fábricas de producción de cadáveres. Buchenwald frente a Birkenau; Mauthausen frente a Treblinka.

Sin duda las historias de los deportados políticos y la de los que fueron condenados al exterminio sin llegar a cometer, como escribió Jorge Semprún, un mero acto o gesto de oposición al régimen, se cruzan en el universo concentracionario nazi. Pero, ¿son todos ellos víctimas del “Holocausto”? En España la problemática asociada a la ambigüedad semántica del término Holocausto se evidencia de forma especialmente nítida, dado que las principales víctimas españolas del nazismo no fueron judíos, sino republicanos. ¿Qué lugar deben ocupar unos y otros en los espacios conmemorativos y educativos? ¿Qué sentidos y lecciones podemos vehicular a través de sus historias?

MEMORIA(S) Y LECCIONES DEL HOLOCAUSTO

La definición específica de “Holocausto” y aquello que como concepto o incluso metáfora llega a abarcar (*la Shoah* o genocidio judío,

*ALEJANDRO BAER

CATEDRÁTICO DE SOCIOLOGÍA Y DIRECTOR DEL CENTER FOR HOLOCAUST AND GENOCIDE STUDIES EN LA UNIVERSIDAD DE MINNESOTA



Encendido de la **tercer** vela por las víctimas no-judías en el Día de la Memoria del Holocausto en el Senado

las otras víctimas de la Alemania nazi, el fascismo europeo, otros genocidios) ha abierto un campo de negociación y conflicto por el sentido de su memoria. Pero, recordemos, hacer memoria del Holocausto nunca ha tenido un sentido unívoco. Y el reconocimiento de esta pluralidad de significados tiene también relevancia pedagógica. Una mirada atenta a la historia de la memoria de los crímenes nazis en estos últimos 76 años revela una realidad muy heterogénea. Por ejemplo, una de sus primeras expresiones fue el solemne juramento que los supervivientes – judíos y no-judíos – en el *Appellplatz* de Buchenwald tras la liberación del campo, el 19 de abril de 1945. En él se llamaba al hermanamiento anti-fascista: “El aplastamiento definitivo del nazismo es nuestra tarea. Nuestro ideal es la construcción de un mundo nuevo en paz y libertad. Se lo debemos a nuestros camaradas muertos y sus familias”.

En las mismas semanas la Comisión Histórica Judía produjo y distribuyó carteles que llamaban a los supervivientes en los *DP camps* (campos de desplazados) a dar testimonio de su paso por el infierno nazi. “Ayudad a escribir la historia del último *churban!*”, exhortaba uno de estos carteles. Tanto *churban*, un arquetipo del desastre colectivo judío, como la palabra “último”, interpretaban aquí los crímenes nazis como

un episodio, el más reciente y actual (en la historia del pueblo judío).

El Holocausto ha sido desde un comienzo un semillero de interpretaciones y enseñanzas muy distintas en los propios entornos judíos. Las comunidades ultraortodoxas, por ejemplo, han entendido *la Shoah* de acuerdo al relato bíblico: la catástrofe sobreviene al pueblo judío cuando se aparta de Dios, de los preceptos de la Torá.

El movimiento sionista, en cambio, tuvo una lectura muy diferente: la catástrofe se produjo por la ceguera de quienes habían seguido confiando en una vida diaspórica –ya sea secular o religiosa. Y si el Estado judío hubiera existido, la historia hubiera tomado otro curso. Es el mensaje predominante del *Yom HaShoah*, el día de conmemoración del Holocausto en Israel.

El principal mensaje que resuena cada 27 de enero en los actos de estado en Europa o Norteamérica es otro muy distinto. Está orientado a fortalecer valores cívicos y humanistas. Los discursos apelan a la tolerancia y el respeto por la diversidad cultural, la igualdad ante la ley y el pluralismo político. En la medida que estos valores y principios se quebraron durante el nazismo, recordar el Holocausto es afirmar su actualidad y su inviolabilidad. La memoria sionista y esta memoria cívica del Holocausto, que es mucho más reciente,

pueden tener puntos de encuentro. Pero en su esencia son antagónicos. La primera es resignada y particularista: “nunca más víctimas.” La segunda es universalista y, a pesar de todo, esperanzada. Es un “nunca más” genérico. La consiguiente actitud que prevendría la repetición de semejante horror es también muy diferente. La primera, en la medida que recuerda la precariedad de la existencia judía cuando su destino no está en sus manos, llama a estar permanentemente en guardia. La segunda sigue creyendo en la mano tendida y la resolución pacífica de los conflictos.

En Europa se ven con recelo las lecciones del Holocausto en su lectura particularista. La memoria “buena”, lo escuchamos a menudo, sería la que permite trascender barreras étnicas y nacionales. Es la memoria ejemplar de la que hablaba Tzvetan Todorov, frente a una memoria que en su singularidad no conduce más allá de sí misma, del grupo afectado, y no permite extraer lecciones o enseñanzas generalizables. El argumento es irrefutable, pero ignora un axioma sociológico básico, y es que toda memoria colectiva es en esencia grupal y particular, pues los hechos suceden a individuos y grupos concretos. Es el colectivo que recuerda quien da sentido(s) a su pasado. El universalismo abstracto ignora a las comunidades de memoria específicas, que existen en tiempo, espacio y cultura y que, como escribió Franz Rosenzweig antes de la Shoah, poseen la “violencia de un hecho”. La

memoria universalista y abstracta en su apelación a todos y a ninguno puede ser hueca y estéril, e incluso autocomplaciente. El historiador Enzo Traverso señaló que en el siglo XXI en Occidente el Holocausto funda una especie de teodicea secular que consiste en rememorar el mal absoluto para convencernos de que nuestro sistema encarna el mejor de los mundos posibles.

SINGULARIDAD, COMPARACIÓN, USOS Y ABUSOS DE LA MEMORIA

La pregunta sobre si el Holocausto fue un acontecimiento único o comparable a otros episodios de violencia extrema es un debate abierto entre historiadores que se ha trasladado a las políticas de la memoria en diferentes contextos. En los países que estuvieron bajo la dominación soviética, por ejemplo, las analogías y comparaciones con los crímenes de Stalin tienden a ser exculpadoras. Permiten eludir la pregunta sobre el colaboracionismo local con el régimen nazi (por ejemplo, al celebrar la resistencia y honrar a las víctimas anti-comunistas en Polonia o en Ucrania se corre un tupido velo sobre la complicidad criminal que estos compartieron con los alemanes). En España no es la comparación sino el énfasis en la singularidad de la Shoah, el genocidio judío, aquello que puede anular el potencial crítico de este recuerdo, pues permite sostener –no en el plano historiográfico, sino en el de la retórica política– una diferencia fundamental entre nazismo y fascismo, y como consecuencia alejar del franquismo la sombra del horror. Invocar la especificidad histórica del acontecimiento se puede tornar así en una memoria pantalla, un escudo que protege a quien la enuncia y bloquea una reflexión que vaya más allá de la singularidad del hecho. Tampoco han faltado instrumentalizaciones de diferente signo. En un mundo en que la memoria del Holocausto ha cobrado tal centralidad, los usos y abusos de sus iconografías y semánticas está a la orden del día. Eso ha llevado a comparaciones desatinadas, por ejemplo, de quienes estiran al absurdo la categoría de “fascista”, acusan de “nazis” a sus adversarios políticos, o emplean la estrella de David amarilla – con quienes los genocidas nazis marcaban a sus víctimas – para denunciar restricciones, reales o imaginadas, a una libertad mal entendida.

La memoria del Holocausto puede ser un campo minado de trampas políticas. Y las formas que puede tomar en ceremonias públicas de recuerdo o en nuestras aulas

nunca está falto de riesgos.

Aun así, los actos conmemorativos y de formación que se han celebrado en torno al 27 de enero en los últimos 16 años en España son ejemplo de que la memoria puede ser mucho más que un arma arrojadiza o un juego de suma cero. Además de promover el conocimiento sobre la magnitud y el alcance de la destrucción de los judíos de Europa han dado un largamente esperado reconocimiento a las memorias de la deportación republicana y al porajmos, el genocidio nazi del pueblo gitano. La visión y altura de miras de quienes han sido punta de lanza de estas iniciativas (Henar Corbi, Jacobo Israel, Eva Benatar, el Centro Sefarad-Israel, entre otros) ha sido ejemplar. Lograron articular un espacio abierto y plural que permitía cada año tejer colectivamente un relato de memorias singulares y a la vez cruzadas y compartidas. Sin pretenderlo, de esta forma los actos se tornaban también en una plataforma para la reevaluación del “pacto de olvido” de la transición española. La lección de Auschwitz acoge, pero también trasciende las experiencias y sentidos particulares que fundamentan las memorias e identidades colectivas. Conmemorar y educar sobre la Shoah es un ejercicio de visibilización de las injusticias de las que unos y otros fueron objeto y, en sentido inverso, de afirmación de los valores, derechos y libertades que debemos defender de quienes los asedian.

PENSAR LA SHOAH Y SEFARAD

Las fechas conmemorativas permiten declarar determinados acontecimientos como dignos de ser recordados y también reevaluarlos, asignándoles un significado y enseñanzas relevantes para el presente. El aniversario de la liberación de Auschwitz, el 27 de enero, es una de ellas. Y aún cuando se haya sabido responder creativamente al reto de darle un sentido a esta memoria universal y abstracta, hoy debemos también preguntarnos cómo continuar andando este camino y cuáles son las asignaturas pendientes.

El 31 de enero es una fecha que existe sin pena ni gloria en el calendario. Sin embargo, esconde un extraordinario potencial educativo. ¿Qué mejor que el aniversario del decreto de expulsión de los judíos promulgado por los Reyes Católicos en 1492 para pensar el Holocausto en España?

La ocasión permite trazar otro nexo entre España y el Holocausto, menos explícito e inmediato que los referidos anteriormente, aunque de indiscutible valor pedagógico: el de las huellas olvidadas de la Sefarad

destruida. La ley de 2015 que permite obtener la nacionalidad española a los descendientes de los judíos expulsados ha hecho aflorar el tema sefardí en la esfera pública. Sin duda ofrece una oportunidad para ahondar en la visibilización. Pero no debería ser solo del acto de restitución, obviamente, sino fundamentalmente del pasado que la ley pretende reconocer y enmendar. Walter Benjamin nos enseñó que el presente puede ser iluminado a través de la fuerza fugaz de un pasado olvidado. Esto implica también reconocer que el olvido de ese pasado forma parte de nuestra realidad más inmediata y configura el presente. ¿Qué monumentos o fechas en el calendario recuerdan los pogromos de 1391 en las que se asesinaba, vandalizaba viviendas y sinagogas al grito de “conversión o muerte!”? ¿Qué se enseña en España de la estigmatización, exclusión, persecución y diáspora de los judíos de la Península, o de la posterior discriminación de los conversos mediante los estatutos de limpieza de sangre? Esta temprana obsesión española con el linaje y la “comunidad sanguínea” permiten además trazar iluminadores paralelismos entre dos proyectos de Estado, nazismo y casticismo, que se construyeron sobre la base de un ideal étnico (como muestra el imprescindible estudio de Christiane Stallaert *Etnogenesis y Etnicidad en España*). Igualmente, acercarse al Holocausto a través del prisma de Sefarad invita a pensar a contrapelo a figuras ilustres de nuestro canon cultural y literario, desde Quevedo en el siglo de Oro a Ramiro de Maeztu en el XX, quienes abrazaron una “lucha multiseccular contra los moros y contra los judíos” (*Maeztu, en Defensa de la Hispanidad*, pg. 165) como parte integrante y definitoria del carácter español.

El sociólogo Miguel Marinas advirtió acertadamente en un ensayo titulado *Cómo cantar en tierra extraña*. Para una memoria española del holocausto (publicado también en el pionero monográfico de la revista Isegoría) sobre la gravedad de no saber volver sobre nuestras propias huellas. Convertir la Shoah, como escribe Marinas, en un “tema” más que “en un proceso que nos implica”, sería por tanto una oportunidad perdida.

Con la revista *EducaShoah* se abre un nuevo capítulo en esta andadura fundamental que es educar en historia, memoria y valores a las nuevas generaciones en España. Los conocimientos, vocación y experiencia acumulada de quienes están al frente de este proyecto ya son indicativos de que hoy nos encontramos ante un escenario mucho más propicio para hacer frente con éxito a los desafíos que presenta esta tarea. Quizás, incluso, nos estemos encaminando en España hacia una propia, crítica y reflexiva “cultura del Holocausto”.